



Revista Mexicana del Caribe

Universidad Autónoma de Quintana Roo
Instituto Mora / CIESAS / AMECA
recaribe@balam.cuc.uqroo.mx
ISSN 1405-2962
MÉXICO

2000

Johannes Maerk

El derecho a la pereza, de Paul Lafargue

Revista Mexicana del Caribe, Año 5, número 9

Universidad Autónoma de Quintana Roo

Chetumal, México

pp.229-237



EXAMEN DE LIBROS

EL DERECHO A LA PEREZA, DE PAUL LAFARGUE

JOHANNES MAERK

Universidad de Quintana Roo

*¡Oh, Pereza, madre de las artes y de las nobles
virtudes, se tú el bálsamo de las angustias humanas!*
Paul Lafargue

Paul Lafargue nació el 15 de enero de 1842 en Santiago de Cuba en una familia criolla: su abuela paterna fue una mulata de Haití, la materna una indígena y, sus abuelos, Jean Lafargue y Abraham Armagnac, eran franceses. Su padre François Lafargue cultivó café en la provincia oriental de Cuba y Paul Lafargue, como hijo único y de un terrateniente acomodado, cursó sus primeros estudios en su ciudad natal.

En 1851 la familia se trasladó a Francia y ocho años más tarde Paul Lafargue terminó sus estudios de bachillerato en el Tecnológico de Toulouse. Poco después se marchó a la capital para empezar sus estudios superiores en la Facultad de Medicina.

Durante su estancia en París se dedicó más a su formación política que a su formación profesional. Las corrientes políticas que en este momento ejercían mayor influencia sobre su pensamiento eran el positivismo de Comte, los textos y panfletos de autores de la Ilustración como Kant, Feuerbach, Darwin y los libros de pensadores socialistas y anarquistas como Fourier y Proudhon para mencionar solamente algunos. Sobre todo las ideas de Proudhon atrajeron al joven estudiante de medicina y se volvió miembro de la Sección francesa (proudhoniana) de la Asociación Internacional de Trabajadores (AIT), fundada en Londres en 1864.

En 1865 Paul Lafargue viajó por primera vez a Londres donde participó en la fundación de la Primera Internacional. Ahí habló sobre el movimiento obrero en París y conoció a Karl Marx en el mitin de Saint-

Martin's Hall. En el mismo año participó en el Congreso Internacional de Estudiantes en Bélgica, donde se pronunció a favor de la insurrección y la guerra social. A su regreso a París, el gobierno francés le prohibió por dos años la continuación de sus estudios y Lafargue decidió emigrar a Londres, sitio en que acaba su carrera de Medicina. Paul Lafargue —a pesar de diversos apuros económicos a lo largo de su vida— nunca iba a ejercer su profesión. Bajo la influencia de Marx, a quien empezó a visitar frecuentemente, dejó a un lado la doctrina de Proudhon y se convirtió en uno de los defensores más importantes del marxismo en el siglo XIX. Al mismo tiempo, Lafargue se enamoró de la segunda hija de Marx, Laura.

En una carta del 13 de agosto de 1866, Marx no dejó en duda sus preocupaciones sobre el temperamento “criollo” de Lafargue:

Usted me permitirá hacerle las siguientes observaciones:

1. Si quiere continuar su relaciones con mi hija [Laura] tendrá que reconsiderar su modo de “hacer la corte”. Usted sabe que no hay compromiso definitivo, que todo es provisional; incluso si ella fuera su prometida en toda regla, no debería olvidar que se trata de un asunto de larga duración. La intimidad excesiva está, por ello, fuera de lugar, si se tiene en cuenta que los novios tendrán que habitar la misma ciudad durante un período necesariamente prolongado de rudas pruebas y de purgatorio [...] A mi juicio, el amor verdadero se manifiesta en la reserva, la modestia e incluso la timidez del amante ante su ídolo, y no en la libertad de la pasión y las manifestaciones de una familiaridad precoz. Si usted defiende su temperamento criollo, es mi deber interponer mi razón entre ese temperamento y mi hija [...]
2. Antes de establecer definitivamente sus relaciones con Laura necesito serias explicaciones sobre su posición económica. Mi hija supone que estoy al corriente de sus asuntos. Se equivoca. No he puesto esta cuestión sobre el tapete porque, a mi juicio, la iniciativa debería haber sido de usted. Usted sabe que he sacrificado toda mi fortuna en las luchas revolucionarias. No lo siento, sin embargo. Si tuviera que recomenzar mi vida, obraría de la misma forma [...] Pero, en lo que esté en mis manos, quiero salvar a mi hija de los escollos con los que se ha encontrado su madre [Pérez Ledesma, 1980, 14].

A pesar de estas observaciones y las reservas de Karl Marx, Paul Lafargue se casó con su hija Laura el 2 de abril de 1868.

En los siguientes años se dedicó (muchas veces con la ayuda de su esposa) a divulgar el pensamiento marxista en los círculos de obreros europeos, sobre todo en España y Francia.

En España, lugar al que llegó a principios de los setenta, intervino directamente en la política de la Asociación Internacional de Trabajadores (AIT), que estuvo muy influenciada por el pensamiento bakunista. Allí trató de cumplir con la consigna de Friedrich Engels: difundir las doctrinas marxistas en el país y crear una sección fiel al pensamiento de Karl Marx. El órgano de difusión para sus ideas era el periódico madrileño *La emancipación*.

Durante un congreso internacional en La Haya, Holanda, en 1872, la mayoría de los miembros del movimiento obrero español rompieron con el Consejo General de la AIT, dominado por Karl Marx, y constituyeron una organización independiente bakunista. Lafargue y Laura Marx decidieron regresar a Londres y desde ahí Lafargue estableció de nuevo contacto con el movimiento obrero francés. En 1882 retornó, debido a una oferta de trabajo en una compañía de seguros, a París y junto con Jules Guesde y Gabriel Deville dirigió el nuevo Partido Obrero Francés marxista.

En 1911 la pareja Lafargue se suicidó, un hecho que Lafargue justificó en la siguiente carta-testamento:

Sano de cuerpo y espíritu, me doy la muerte antes de que la implacable vejez, que me ha quitado uno tras otro los placeres y los goces de la existencia, y me ha despojado de mis fuerzas físicas e intelectuales, paralice mi energía y acabe con mi voluntad, con mi voluntad, convirtiéndome en una carga para mí mismo y para los demás. [...] Muero con la suprema alegría de tener la certeza de que muy pronto triunfará la causa a la que me he entregado desde hace cuarenta y cinco años [Pérez Ledesma, 1980, 81].

Según los testimonios recogidos por Pérez Ledesma (1980, 80), el sábado 25 de noviembre de 1911 la pareja Lafargue regresó a su casa cerca de París, después de haber pasado la tarde en un cine. Se regalaron unos pasteles y se acostaron para no amanecer después de la aplicación de una inyección hipodérmica de ácido cianhídrico.

Hay varias especulaciones sobre este suicidio:

- En primer lugar no se sabe con exactitud el grado de influencia de Laura en este acto. Muestra una lealtad admirable hacia su compañero y parece tener en este drama el papel de la víctima.

- Lafargue casi anuncia su propio suicidio en su libro *El derecho a la pereza* (p. 127) al argumentar que los indios de las tribus brasileñas matan a sus enfermos y a sus ancianos; así atestiguan su amistad poniendo fin a una vida que ya no se regocijará con los combates, las fiestas y las danzas. En el mismo texto alaba a los suecos antiguos que en sus iglesias conservaban mazas destinadas a liberar a los ancianos de las tristezas de la vejez.
- Otro motivo del suicidio podría ser la situación económica precaria de la pareja. Friedrich Engels no solamente apoya y sostiene económicamente a Karl Marx y su familia sino también a los Lafargue. Según Edmund Wilson, citado en Pérez Ledesma (1980, 83), Laura y Paul Lafargue reciben en el año 1896, 7 000 libras esterlinas que Engels les había dejado en el testamento y deciden que cuando se termine el dinero se suicidarán.

EL DERECHO A LA PEREZA

El manuscrito *El derecho a la pereza* fue redactado por Lafargue en Londres a finales de los años setenta y publicado por primera vez en el periódico socialista francés *L'egalité* durante los meses junio, julio y agosto de 1880. En 1883, el año de la muerte de Marx, apareció como folleto después de una revisión hecha por el autor en la prisión Sainte-Pelagie cerca de París, donde purgaba una condena de seis meses por haber participado en huelgas e impartido conferencias “subversivas”.

Este primer trabajo teórico de nuestro autor tuvo un impacto impresionante en los círculos intelectuales del movimiento obrero europeo: pronto se hicieron traducciones del texto a casi todos los idiomas de ese continente. El temprano éxito del texto se puede explicar por la utilización de la ironía, la paradoja como instrumento de difusión y clarificación de la doctrina marxista, así como su carácter abiertamente polémico. Sin embargo, el documento cayó casi en el olvido en nuestro siglo debido al éxito de las doctrinas marxistas “clásicas” y leninistas en la Unión Soviética y hasta la fecha se le considera un trabajo pintoresco y utópico.

Lafargue inicia su panfleto *El derecho a la pereza* irónicamente como antítesis del *Manifiesto del Partido Comunista* de su suegro. El “fantasma” en forma de la clase obrera no se ha convertido en el motor de cambio, sino en el cómplice de la burguesía:

Una extraña pasión invade a las clases obreras de los países en que reina la civilización capitalista: una pasión que en la sociedad moderna tiene por consecuencia las miserias individuales y sociales que desde hace dos siglos torturan a la triste Humanidad. Esa pasión es el amor al trabajo, el furibundo frenesí del trabajo, llevado hasta el agotamiento de las fuerzas vitales del individuo y de su progenitura. En vez de reaccionar contra esa aberración mental, los curas, los economistas y los moralistas han sacrosantificado el trabajo. Hombres ciegos y de limitada inteligencia han querido ser más sabios que su Dios; seres débiles y detestables, han pretendido rehabilitar lo que su Dios ha maldecido. Yo, que afirmo no ser cristiano, ni economista, ni moralista, hago apelación frente a su juicio al de su Dios, frente a las prescripciones de su moral religiosa, económica o librepensadora, a las espantosas consecuencias del trabajo en la sociedad capitalista [Lafargue, 1980, 117].

Según Lafargue, el sermón de la montaña de Cristo es uno de los primeros manifiestos a favor de la pereza: “Contemplad cómo crecen los lirios de los campos; ellos no trabajan, ni hilan, y sin embargo, yo os lo digo, Salomón, en toda su gloria, no estuvo más espléndidamente vestido” (Evangelio según San Mateo, capítulo VI, 28). Jehová mismo, aquel “Dios barbudo y áspero” dio a sus adoradores el supremo ejemplo de la pereza ideal: “Después de seis días de trabajo se entregó al reposo por toda la eternidad” (Lafargue, 1980, 120).

Con sus reflexiones en este texto, Lafargue quiere contradecir el “Derecho al trabajo”, que Louis Blanc proclama en su obra con el mismo título y que es lema de los revolucionarios de 1848.

Nuestro autor sueña con una sociedad en la cual las máquinas sustituyen al ser humano en el trabajo esclavizante y en la que es posible dedicarse de lleno a los placeres de la vida, al arte y al juego —liberado del fetichismo del trabajo, de la eficiencia, de la razón calculadora (*Zweckrationalität*) de Max Weber y de un supuesto progreso material: “la clase obrera se alzará en su fuerza terrible para reclamar, no ya los *derechos del hombre*, que son simplemente los derechos de la explotación capitalista, ni para reclamar el *derecho al trabajo*, que no es más que el derecho a la miseria; sino para forjar una ley de hierro que prohibiera a todo hombre trabajar más de tres horas diarias.” (Lafargue, 1980, 151-152.)

El cambio de la economía feudal a la economía capitalista produce un aumento en las jornadas laborales, la presión de los fabricantes y el desarrollo de la tecnología entre otros factores. Surge la ética puritana en la

famosa frase de Benjamín Franklin: “El tiempo es oro”. Franklin describe en los recuerdos de su estancia en Londres las diferentes concepciones sobre el empleo del tiempo:

Puesto que nuestro Tiempo está reducido a un Patrón, y los Metales Preciosos del Día acuñados en Horas, los Industriales saben emplear cada Pieza de Tiempo en verdadero Beneficio de sus diferentes Profesiones, y el que es pródigo con sus Horas es, en realidad, malgastador de dinero. Yo recuerdo a una Mujer notable, que era muy sensible al Valor intrínseco del Tiempo. Su marido hacía zapatos, y era un excelente Artesano, pero no se preocupaba del paso de los minutos. En vano le inculcaba ella que el Tiempo es Dinero. Él tenía demasiado Ingenio para comprenderla, y esto fue su Ruina. Cuando estaba en la Taberna con sus ociosos Compañeros, si uno observaba que el Reloj había dado las Once: ¿Y qué es eso, decía él, para nosotros? Si ella le mandaba aviso con un chico, de que habían dado las Doce: Dile que esté tranquila, que no pueden ser más. Si había dado la una: Ruégale que se consuele, que no puede ser menos [Pérez Ledesma, 1980, 55].

Casi el mismo lema “el tiempo es dinero” podían ver los visitantes de Moscú de los años veinte en grandes pancartas colocadas en edificios del Partido Comunista (cf. Fetscher, 1966, 8). Como autor intelectual de este lema se menciona al máximo líder de entonces, Lenin. Aquí podemos ver cómo coinciden el puritanismo y la moral comunista. Otro ejemplo es la frase “el que no trabaje, no coma” que no solamente encontramos en la Biblia sino también en la Constitución soviética del año 1937.

A la creciente influencia de la nueva Iglesia protestante y, especialmente, del padre de todos los puritanos, Juan Calvino, se debe la abolición de muchos días festivos, suceso que Paul Lafargue comenta de la siguiente manera:

En la Edad Media las leyes de la Iglesia (católica) garantizaban a los obreros noventa días de reposo en el año —cincuenta y dos domingos y treinta y ocho días feriados— en los cuales estaba terminantemente prohibido trabajar. Fue éste el gran crimen del catolicismo, la causa primera de la irreligiosidad de la burguesía industrial y comerciante [...]

Cuando llegó la Revolución, apenas asumió el Poder, abolió los días de fiesta. Libertó a los obreros del yugo de la Iglesia para someterlos mejor al yugo del trabajo [Lafargue, 1980, 122].

En la historia de las ideas, para los protagonistas del liberalismo económico (Adam Smith) y de la Ilustración (el positivismo de Augusto Comte) el trabajo cobra importancia como valor social y, por ende, las actividades fabriles y productivas son consideradas creadoras de riqueza, fuente de satisfacción y de virtud. Como señala Hannah Arendt en su libro *La condición humana*, la glorificación del trabajo iniciada de forma sistemática por los pensadores de la Ilustración tiene como consecuencia la transformación de toda la sociedad en una sociedad de trabajo, donde quedan excluidos como no deseables los sentimientos y las actividades supuestamente no productivas.

Los mismos socialistas se apuntan ya en el siglo XIX a esta glorificación del trabajo y continúan en el siglo XX en la Unión Soviética como hemos visto. El análisis marxista del trabajo asalariado es contradictorio y ambiguo: por un lado critica la alienación y la explotación de los trabajadores, pero por el otro continúa exaltando el trabajo, un trabajo que sería liberador, como factor primordial de socialización y creación:

Los talleres modernos se han convertido en casas ideales de corrección. En ellas se encierran las masas obreras [...] Los hijos de los héroes de la Revolución se han dejado degradar por la religión del trabajo y proclaman como un principio revolucionario el derecho al trabajo! [Lafargue, 1980, 122].

Esta exaltación de las actividades productivas es precisamente el blanco de los ataques de Lafargue: la idea es que en una sociedad liberada del trabajo enajenante y esclavizante la distinción entre vida cotidiana y domingo (o en su defecto la distinción entre “tiempo de trabajo” y “tiempo libre”) esté superada.

Lafargue describe la vida en su sociedad posrevolucionaria liberada de las penas del trabajo con vivos colores: la gente comerá jugosos *beefsteaks* de un par de libras cada uno y, en lugar de beber modestamente malos vinos, más cristianos que el Papa, beberá a grandes sorbos *bordeaux* y dejará el agua para los animales. A los grandes capitalistas les será permitido presentar sus pruebas de haber sido holgazanes durante toda su vida, y si, a pesar de la pasión general por el trabajo, ellos persisten en vivir como verdaderos perezosos, serán admitidos en la nueva sociedad. En cuanto a los burgueses, incapaces de probar sus títulos de holgazanería, se les dejará seguir sus instintos. Hay suficientes ocupaciones para colocarlos: limpieza de letrinas públicas, matanza de cerdos y

caballos roñosos, servicio de enterradores en las ceremonias fúnebres y de destapadores de botellas de *champagne*, pero se les pondría de antemano un bozal, para evitar que se embriaguen.

En nuestro régimen de pereza, para matar el tiempo que nos mata segundo a segundo, habrá espectáculos y representaciones teatrales de todas clases. En éste un trabajo adecuado a nuestros legisladores, quienes, organizados en cuadrillas, irán por las ferias y los villorios dando representaciones legislativas. Los generales, con botas de montar, el pecho cruzado de cordones y escarapelas, y cubierto de órdenes de todos los animales imaginables, irán por las calles y las plazas juntando la gente para el espectáculo [Lafargue, 1980, 150].

El pensamiento de Lafargue se ubica en la tradición de los escritores del Renacimiento que quieren renovar la vida placentera. Menciona (1980, 135) al francés Rabeláis (1490-1553) que se imaginó la abadía Theleme con un letrero en la entrada que rezaba lo siguiente: "*Fais ce que voudras*" (Haz lo que tu quieres). De origen humilde, Rabeláis se inicia como monje franciscano. En contra de la voluntad de las autoridades de su orden aprende griego y estudia medicina, sale de la orden y redacta dos libros *Gargantúa y Pantagruel*, en los cuales expone sus deseos para el libre desarrollo del pensamiento. Sueña con grandes borracheras y fiestas orgiásticas. Un humor pícaro, voluptuosidad y una inmensa fantasía caracterizan estas dos novelas, que nos dan también una vista cercana a la vida popular del siglo XVI. La "Abbaye de Tèleme" es el prototipo de una comunidad ideal de individualistas que viven pacíficamente gozando de toda clase de placeres (cf. Fetscher, 1966, 9).

Aparte de Rabeláis se pueden mencionar al filósofo inglés Tomás Moro que propone en su obra *Utopía* reducir la jornada de trabajo a seis horas diarias y al francés Fournier que, a principios del siglo XIX, considera al trabajo industrial como "despreciable" por su monotonía y su enajenante reiteración, como precursores de las ideas políticas de Lafargue.

Termino este artículo con una cita de Gotthold Efraín Lessing, un destacado escritor de la Ilustración alemana del siglo XVIII, que Lafargue pone al principio de su libro: "Seamos perezosos en todo, excepto en amar y en beber, excepto en ser perezosos."

FUENTES CONSULTADAS

BIBLIOGRAFÍA

- Arendt, Hannah
1965 *La condición humana*, Barcelona, Seix Barral
- Fetscher, Iring
1966 “Einleitung”, en Lafargue, Paul, *Das Recht auf Faulheit*, Frankfurt, Europäische Verlagsanstalt
- Lafargue, Paul
1966 *Das Recht auf Faulheit*, Frankfurt, Europäische Verlagsanstalt
1980 *El derecho a la pereza*, Madrid, Editorial Fundamentos.
s/f *Le droit a la paresse. Réfutation du droit au travail de 1848*, <http://www.marxists.org/archive/noneng/francais/lafargue/80-pares.htm>
- Lefebvre, Henri
1958 *Critique de la vie quotidienne*, París, Gallimard.
- Pérez Ledesma, Manuel
1980 “Estudio preliminar”, en Lafargue, Paul. *El derecho a la pereza*, Madrid, Editorial Fundamentos.